

**EL DEBATE INTERNO EN LOS ESTADOS
UNIDOS SOBRE LA ESTRATEGIA NACIONAL
DE SEGURIDAD DEL PRESIDENTE BUSH**

*Comunicación del académico Dr. Carlos A. Floria,
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 25 de junio de 2003*

EL DEBATE INTERNO EN LOS ESTADOS UNIDOS SOBRE LA ESTRATEGIA NACIONAL DE SEGURIDAD DEL PRESIDENTE BUSH

Por el Académico DR. CARLOS A. FLORIA

El “nacionalismo imperial” en escorzo

La guerra del 2003, que llevó a la invasión de Irak por los Estados Unidos rezuma, en parte, la emergencia polémica de un nuevo orden mundial con franca hegemonía norteamericana. Una manifestación de *nacionalismo imperial*, que propongo añadir al “liberalismo cosmopolita”, al nativismo y al multiculturalismo, las tres ideologías rivales del nacionalismo norteamericano, como concepciones que compiten respecto de la “American identity” según la encuesta de Haas y colegas.

(nota: Una lectura de la historia exhibiría un caso en el cual el “discurso” nacionalista y el discurso imperial no se oponen necesariamente; más bien se “esconden” o se encubren, como sucedió con el nacionalismo inglés inserto en el discurso “británico” del imperio. ((Confr. Ben Wellings. “Empire—nation:national and imperial discourses in England”. En “Nations and Nationalism 8, 2002”) Téngase presente también el caso de otro estado imperial, la Rusia zarista y su sucesora, la Unión Soviética, y el libro de Héléne Carrère d’Encausse sobre “la gloria de las naciones y el fin del imperio soviético”)

Un significativo debate viene exponiendo —en el interior de los Estados Unidos— posiciones encontradas. No es

indiferente para el resto del mundo, incluyendo países de relevancia relativa como la Argentina, por cuanto toda política exterior nacional debe partir de una descripción fina del contexto internacional en el que está situada. “Qué hacer con el imperio” es una cuestión inevitable para quienes deben convivir con él.

El debate iraquí consumió los días del otoño y el invierno en el hemisferio norte en el 2002, pero las decisiones sobre Irak formaban parte de una visión política más amplia, anunciada por el gobierno de Bush en su *Declaración sobre la Seguridad Nacional* en setiembre de ese año.

La cuestión venía siendo postergada desde el *debate nuclear* de los años 80, que produjo numerosos cambios en la configuración intelectual y política del debate sobre política nuclear. J.Bryan Hehir desde el Kennedy Institute of Ethics y su cátedra de Ética y Asuntos Internacionales en la Universidad de Georgetown ha ordenado en profundidad las “miradas”, visiones estratégicas e influencias seleccionadas a partir de entonces, incluyendo el *nuevo debate estratégico de seguridad* que comenzó en realidad hacia los años 90 y hace eclosión en el comienzo de este milenio.

En los 80 un cambio visible fue la democratización de la discusión sobre la cuestión nuclear, más allá de los participantes habituales –gobierno, algunas de las principales universidades, *think-tanks*--. Un cambio menos reparado fue el que dividió la comunidad política sobre la dirección que debería tomar la estrategia nuclear. Desde las propuestas de “no usar (armas nucleares) primero” pasando por resucitar sistemas de defensa, hasta el disenso enérgico sobre tácticas específicas. Los años 80, sin embargo, terminaron dando un peso central a las inquietudes morales vinculadas a la política nuclear, tanto en el debate popular como en la comunidad política.

La seguridad nacional como símbolo ambiguo

La década de los 90 contiene los principales debates políticos que siguen a la implosión del imperio soviético. Los Estados Unidos parten del nuevo escenario en materia de

seguridad a propósito de los cambios estructurales de la política mundial, de su nuevo papel en el mundo, la amenaza de las armas de destrucción masiva, la legitimidad de la intervención militar y la función de las instituciones internacionales.

Cada una de esas cuestiones ocupó el debate de la década pero cuando ocurre la amenaza sin precedentes al corazón mismo de los Estados Unidos manifestada en los ataques terroristas contra el *World Trade Center* y el Pentágono el 11 de setiembre de 2001, y el espectro del terrorismo acecha a la “república imperial” –expresión que hizo clásica Raymond Aron--, aquel debate hasta entonces reducido a los ámbitos militares, políticos y académicos pasó al dominio público. La polémica victoria electoral que llevó al gobierno de Bush reunió al mismo tiempo a un equipo de funcionarios y asesores inclinados a una fuerte visión conservadora de una derecha alentada, asimismo, por influencias religiosas procedentes de la derecha cristiana evangelista. Datos que no son indiferentes para el análisis político por la sugerente simetría que sugiere la inevitable mezcla de nacionalismo, politización religiosa y fundamentalismo que contiene el “mundo” desde donde se alienta aquel terrorismo, porque no puede emprenderse el examen de la política en Oriente sin atender a la dominante simbiosis del poder político con el poder religioso.

En ese contexto el gobierno de Bush expone su visión política nacional e internacional a través de la declaración sobre la *Estrategia de Seguridad Nacional* en setiembre de 2002, combinación de declaraciones normativas y análisis estratégico que encuadran tanto las acciones de guerra como las medidas internas. Todo en un intento de integración entre visión moral y estratégica que Bryan Hehir reconoce como esfuerzo “sin aprobar el producto”.

(Nota: “La Nueva Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense”, nota publicada en la revista *América de Nueva York* y en la revista *Criterio de Buenos Aires*, n° 2282, mayo 2003, pp 211/215)

“Estados Unidos cuenta con fuerza e influencia inéditas sin parangón en el mundo(...)esta postura comporta responsabilidades, obligaciones y oportunidades sin par”.

Afirmación cierta en la descripción de medios de poder, pero inquietante en cuanto a cómo se deben interpretar y llevar a cabo esas responsabilidades. El debate deja mayor espacio al disenso, e impone su seguimiento responsable dentro y fuera de los Estados Unidos. Ninguna política exterior de los actores nacionales del resto del mundo puede elaborarse sin tener en cuenta la visión estratégica de la principal potencia mundial.

Las afirmaciones centrales de la ESN se rezuman así: primero, la nueva amenaza combina “radicalismo y tecnología”; segundo, la fórmula contiene grupos terroristas dotados de armas de destrucción masiva y “Estados villanos” (*rogue states*) que cooperan o se disponen a hacerlo, con los terroristas, y tercero, todo ello deriva en la necesidad de una nueva visión estratégica.

¿Qué ideas orientan esa “nueva visión”? En primer lugar que las nociones tradicionales de *disuasión* derivadas de la guerra fría han perdido relevancia. En segundo término: hoy se requiere de la *anticipación* (*pre-emptive war*) como postura estratégica, lo que impone la redefinición del derecho internacional para darle cabida. Por fin, si bien el multilateralismo en alianzas e instituciones es relevante para los Estados Unidos, éstos definen el orden global y su interés nacional sin condicionamientos para lo que pueda ser necesaria acción *unilateral*.

No es difícil advertir por qué la ESN ha tenido un efecto catalizador dentro y fuera de los Estados Unidos. El anticipado deseo de la administración Bush de la aplicación de la *pre-emptive war* contra Iraq recalentó el debate, en el cual las posiciones se radicalizaron. Tanto en el derecho internacional como en el análisis de la “guerra justa” la estrategia de anticipación es en sí misma una noción polémica. No es la defensa contra una agresión, ocurrida o inminente. Es la presunción de que el uso potencial de armas de destrucción masiva implica una situación injusta de gravedad tal que justificaría un ataque no provocado por quien se designa como amenaza. Para los “halcones” que rodean a Bush y reconocidos académicos, según veremos, el caso Irak se parecía a la guerra de Yom Kippur, en 1972, entre Israel y sus vecinos árabes: la sobrevivencia de los Estados Unidos estaba en riesgo. Para los

críticos, esas condiciones extremas, en el caso Irak, simplemente no existían.

Desde el 11/9, la sensación colectiva de inseguridad parecía disponer a aceptar medidas de excepción sin argumentos. *Pre-emption* ofrecía un seguro expeditivo. Esa disponibilidad de mucha gente —la popularidad de Bush revertía así su escasa autoridad de origen— alentó las decisiones del Presidente y galvanizó la audacia de su entorno: Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz y asesores intelectuales sin contención crítica. El escenario para lo que el psicólogo David Coleman llama la “psicología del autoengaño”, estaba montado desde el principio de la administración Bush, y apuntalado por un debate que había comenzado, en rigor, diez años antes.

Las tentaciones del “nacionalismo imperial” y sus críticos

La ESN conmovió y llevó al dominio público el debate desarrollado en sordina en la década de los 90. La selección de Bryan Hehir destaca el respaldo rotundo de John Lewis Gaddis, historiador de la Universidad de Yale, para quien aquel documento plantea “la reformulación más importante de la gran estrategia estadounidense en más de medio siglo”. Lo vé como una combinación “wilsoniana” de gran potencia y principios morales, brindaría una base legal a la *anticipación* e incluso llega a afirmar lo que el documento presidencial no explicita: *que la estrategia propuesta exige la hegemonía norteamericana en la política mundial.*

En esa dirección va también Joshua Muravchic, académico residente en el muy conservador *American Enterprise Institute*, quien descalifica a los críticos como “hipócritas”, a la estrategia de anticipación un acierto y a la guerra preventiva consecuencia natural. Las críticas al *unilateralismo* son engañosas, viene a decir, por cuanto la nueva estrategia norteamericana termina cumpliendo mejor los objetivos de la Organización de las Naciones Unidas, un organismo internacional que el autor considera fallido.

Cuando escribimos este *epílogo impresionista* la cuestión internacional está abierta y la política del presidente Bush acosada. Stanley Hoffmann, uno de los más reputados internacionalistas de la Universidad de Harvard y antiguo discípulo de Raymond Aron, resume el proceso de la política internacional norteamericana en esos términos:

“A menos de dos años y medio de llegar al poder, el gobierno de Bush, elegido por poco menos de la mitad de los votantes, registra un record que impresiona y a la vez deprime. En términos de autodefensa, hay declarado una guerra – contra el terrorismo—que no tiene final a la vista. Ha iniciado, y ganado, dos guerras más. Ha modificado drásticamente la doctrina estratégica y la posición diplomática de los Estados Unidos argumentando que sus posturas previas resultaban obsoletas y que los Estados Unidos ostentan el poder suficiente como para hacer, en buena medida, lo que quieran. En casa, como parte de la guerra contra el terrorismo, ha coartado las libertades civiles, los derechos de los refugiados y de quienes buscan asilo, y el acceso de estudiantes extranjeros a las escuelas y universidades estadounidenses. Mantiene en custodia un número desconocido de extranjeros y algunos norteamericanos considerados ‘combatientes enemigos’, sospechados pero no procesados, a quienes se les ha negado acceso a audiencias y abogados...”¹

Con ese contexto interno de la primera potencia mundial y la situación internacional inestable, la Argentina debe tratar. Y esto supone la elaboración de una estrategia exterior adecuada a los cambios del mundo.

¹ Stanley Hoffmann. *Norteamérica en Retroceso*. The New York Review of Books. 15/05/2003.